

WILLIAM  
GIBSON



MONA LISA  
ACCELERADA

minotauro ESENCIALES

WILLIAM  
GIBSON

---

MONA LISA  
ACCELERADA

minotauro ESENCIALES

Título original:  
*Mona Lisa Overdrive*

© 1988 by William Ford Gibson  
© de la traducción, David Tejera Expósito, 2022  
© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 7.<sup>a</sup> planta. 08034 Barcelona  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)  
[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

ISBN: 978-84-450-0942-0  
Depósito legal: B. 2.575-2022

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# 1

## El humo

El fantasma fue el regalo de despedida de su padre. Se lo entregó un secretario vestido de negro en la zona de embarque del aeropuerto de Narita.

Durante las primeras dos horas de vuelo a Londres, ella lo dejó olvidado en el bolso: un rectángulo liso y oscuro, con el logo ubicuo de Maas-Neotek en una cara y la otra con una ligera curva para adecuarse a la palma de la mano del usuario.

Se sentaba muy erguida en el asiento de primera clase. Sus facciones conformaban una máscara diminuta e impasible, similares a la expresión más característica de su madre ya fallecida. Los asientos de alrededor estaban vacíos; su padre había comprado el espacio. Rechazó el almuerzo que le ofreció un sobrecargo nervioso. Esos asientos vacíos lo asustaban, pues eran la prueba de la riqueza y del poder que tenía el padre de ella. El hombre titubeó, le dedicó una reverencia y se marchó. Ella permitió que la máscara de su madre se torciese en una breve sonrisa.

«Fantasmas —pensó después, mientras sobrevolaba algún lugar de Alemania y contemplaba el tapizado del asiento contiguo—. Qué bien trataba su padre a sus fantasmas».

También los había al otro lado de las ventanillas, fantasmas en la estratosfera del invierno europeo, imágenes parciales que empezaban a formarse si dejaba que se le nublará la vista. Su madre en el

parque Ueno, con el rostro frágil a la luz del sol de septiembre. «¡Las grullas, Kumi! ¡Mira las grullas!». Y Kumiko miraba el estanque Shinobazu y no veía nada, ninguna grulla, solo algún que otro punto negro que brincaba y sin duda debía de ser un cuervo. El agua estaba lisa como la seda, del color del plomo, y unos hologramas pálidos titilaban borrosos sobre una hilera distante de puestos de arquería. Pero Kumiko vería las grullas más tarde, muchas veces, en sueños. Eran de origami, criaturas angulares creadas con dobleces de neón, aves rígidas y relucientes que surcaban el paisaje lunar de la locura de su madre...

Recuerda a su padre, la túnica negra y abierta que deja entrever una tormenta tatuada de dragones, desplomado detrás de la gigantesca superficie de su escritorio de ébano, con mirada impasible y reluciente, como si de los ojos pintados de un muñeco se tratara. «Tu madre ha muerto. ¿Entiendes?». Recuerda la superficie de las sombras que la rodeaban en el despacho de su padre, esa oscuridad angular. La mano de él que se acercaba al círculo de luz del flexo, temblorosa, para señalarla; y el puño de la túnica que se deslizaba para dejar al descubierto un Rolex dorado y más dragones, con crienes que se agitaban como olas, olas que destacaban, firmes y oscuras, alrededor de su muñeca. Y que la señalaban. «¿Entiendes?». En vez de responder, se había marchado a la carrera hacia un lugar oculto que conocía, la madriguera de la máquina de limpieza más pequeña. Se pasaron toda la noche haciendo ruidos a su alrededor, escaneando cada pocos minutos con ráfagas rosadas de rayos láser, hasta que su padre la encontró; olía a whisky y a cigarrillos Dunhill, y la llevó en brazos a su habitación del apartamento del tercer piso.

Recuerda las semanas siguientes, días confusos que pasó en gran parte en compañía de un secretario o de otro, todos con traje negro, hombres cautelosos con sonrisas mecánicas y paraguas bien cerrados. Uno de ellos, el más joven y menos cauteloso, le ofreció una demostración improvisada de kendo, en una acera abarrotada de Ginza a la sombra del reloj Hattori; se escabulló con maestría entre compradoras sorprendidas y turistas con los ojos abiertos como platos, agitando el paraguas negro, convertido en un borrón inofensivo

gracias a los tajos formales y antiguos del arte marcial. Y Kumiko había sonreído de verdad, rompiendo esa máscara funeraria, y en ese momento la culpa se le había incrustado a más profundidad y con más intensidad en aquel lugar de su corazón donde se encontraban su vergüenza y su demérito. Pero la mayoría de los secretarios la llevaban de compras, de un gran centro comercial de Ginza a otro y por decenas de tiendas de moda de Shinjuku, recomendadas por un guía Michelin de plástico azul que hablaba un pomposo japonés de turista. Solo compraba cosas muy feas, feas y muy caras, y los secretarios caminaban impasibles junto a ella, con esas bolsas relucientes y rígidas en las manos recias. Todas las tardes, al regresar al apartamento de su padre, dejaban las bolsas muy bien colocadas en su dormitorio, donde permanecían intactas y sin abrir hasta que las cogían las criadas.

Y la séptima semana, la víspera de su decimotercer cumpleaños, se decidió que Kumiko viajaría a Londres.

—Serás la invitada en casa de mi *kobun* —le dijo su padre.

—Pero no quiero ir —replicó ella, mientras le dedicaba la sonrisa de su madre.

—Debes hacerlo —afirmó él, y se dio la vuelta—. Tenemos dificultades —comentó al despacho envuelto en sombras—. En Londres no estarás en peligro.

—¿Y cuándo regresaré?

Pero su padre no respondió. Ella se inclinó y se marchó del despacho, sin borrar de su gesto esa sonrisa de su madre.

El fantasma despertó con el roce de Kumiko, cuando empezaban a descender hacia Heathrow. La quincuagésimo primera generación de biochips de Maas-Neotek evocaba una figura poco definida en el asiento contiguo, un chico que parecía salido de un grabado de cacería descolorido, con las piernas cruzadas con naturalidad, bombachos marrones y botas de equitación.

—¿Cómo va? —dijo el fantasma.

Kumiko parpadeó y abrió la mano. El chico titiló y luego desapareció. Ella bajó la vista a la unidad pequeña y lisa que tenía en la palma de la mano, y luego cerró los dedos despacio.

—¿Oh? —dijo él—. Me llamo Colin. ¿Tú?

Se quedó mirando. Los ojos de él eran un humo verde y reluciente; tenía la frente amplia, pálida y suave bajo un flequillo revoltoso y negro. Kumiko veía los asientos que había al otro lado del pasillo a través del centelleo de los dientes del chico.

—Si es demasiado espectral para ti —dijo, con una sonrisa—, podemos aumentar la reso... —Y apareció, durante unos instantes, con una nitidez incómoda y realista; y las pelusas de las solapas de su abrigo negro vibraron con una claridad digna de una alucinación—. Aunque se agotará antes la batería —comentó antes de volver a su estado anterior—. No me has dicho cómo te llamas.

Esa sonrisa, otra vez.

—No eres real —replicó ella, brusca.

Él se encogió de hombros.

—No hace falta que hables tan alto, señorita. Los otros pasajeros podrían pensar que estás un poco ida. Por si no me has entendido, el habla subvocal será suficiente. Lo entenderé todo a través de la piel... —Descruzó las piernas y se estiró, con las manos apoyadas detrás de la cabeza—. El cinturón, señorita. Yo no tengo que abrochármelo, claro, por no ser real, como bien acabas de decir.

Kumiko frunció el ceño y tiró la unidad al regazo del fantasma, que desapareció. Se abrochó el cinturón, miró el aparato, titubeó y luego lo volvió a coger.

—Entonces, ¿es tu primera vez en Londres? —preguntó él, una silueta que empezaba a formarse en la periferia del campo visual de Kumiko. Ella no pudo evitar asentir—. ¿No te importa volar? ¿No te asusta?

Ella negó con la cabeza. Se sentía ridícula.

—Da igual —dijo el fantasma—. Yo cuidaré de ti. Llegaremos a Heathrow en tres minutos. ¿Te irá a buscar alguien cuando salgas del avión?

—El socio de mi padre —dijo ella, en japonés.

El fantasma sonrió.

—Entonces estarás en buenas manos. Estoy seguro. —Le guiñó el ojo—. Por mi aspecto, no dirías que soy todo un lingüista, ¿verdad?

Kumiko cerró los ojos, y el fantasma empezó a susurrarle algo sobre la arqueología de Heathrow, sobre el Neolítico y la Edad del Hierro, sobre alfarería y herramientas...

—¿Señorita Yanaka? ¿Kumiko Yanaka?

El inglés se alzaba frente a ella, con su corpulencia *gaijin* ataviada con pliegues colosales de lana oscura. Unos ojos negros y pequeños la miraban impávidos desde detrás de unas gafas de montura metálica. Daba la impresión de que alguien le había aplastado la nariz contra la cara y aquella no había regresado a su posición original. El pelo, o lo que quedaba de él, era rapado y gris, y llevaba unos guantes de punto negros, deshilachados y sin dedos.

—Sepa que me llamo Petal —dijo, como si saberlo fuese a tranquilizarla de inmediato.

Petal llamaba Humo a la ciudad.

Kumiko se estremeció sobre el cuero frío y rojo. A través de la ventana del Jaguar, vio la nieve caer en espirales y derretirse en la carretera que Petal llamaba M4. Era bien entrada la tarde, y el cielo tenía una tonalidad incolora. Conducía en silencio, con eficiencia y los labios fruncidos como si estuviese a punto de silbar. El tráfico era absurdamente fluido en comparación con el de Tokio. Aceleraron junto a un vehículo de carga autónomo, con la parte delantera salpicada de sensores y paneles de faros. A pesar de la velocidad del Jaguar, Kumiko sintió como si estuviese inmóvil de alguna manera. Las partículas de Londres empezaron a crecer a su alrededor. Paredes de ladrillo húmedo, arcos de hormigón, metal pintado de negro que se alzaba como si fuesen lanzas.

La ciudad empezó a concretarse mientras miraba. Fuera de la M4, mientras el Jaguar aguardaba en los cruces, atisbaba rostros a través de la nieve, rostros de *gaijin* ruborizados que sobresalían de trajes negros, barbillas enterradas bajo bufandas, tacones de botas de mujeres que avanzaban hundiéndose en charcos plateados. Las hileras de tiendas y casas le recordaron a los adornos magníficamente detallados que había visto alrededor de un tren de juguete que un comerciante de antigüedades europeas vendía en la galería de Osaka.

Aquello no se parecía en nada a Tokio, donde el pasado, lo que quedaba de él, se conservaba con un cuidado obsesivo. Allí, la historia se había convertido en algo cuantificable, algo escaso, dividido por el Gobierno y conservado por la ley y la financiación corporativa. Aquí el pasado parecía formar parte del propio tejido de las cosas, como si la ciudad entera fuera un solo ser creciente de piedra y ladrillo, incontables estratos de mensajes y significados que se habían acumulado a lo largo de los siglos siguiendo los dictados de un ADN de comercio e imperio ahora incomprensibles.

—Pena que Swain no haya podido venir a recogerla en persona —dijo el hombre que se llamaba Petal.

Kumiko tenía menos problemas con su acento que con su manera de estructurar las frases. Al principio había confundido la disculpa con una orden. Se planteó activar el fantasma, pero se lo pensó mejor y no lo hizo.

—Swain —aventuró—. ¿El señor Swain es mi anfitrión?

Petal la miró a los ojos a través del retrovisor.

—Roger Swain. ¿No se lo dijo su padre?

—No.

—Ah. —El hombre asintió—. El señor Kanaka es consciente de la seguridad que requieren estos asuntos. Tiene lógica... Un hombre de su importancia, ya se sabe... —Suspiró con intensidad—. Lo siento por la calefacción. Deberían haberse ocupado del problema en el taller...

—¿Es usted uno de los secretarios del señor Swain?

Dirigió la pregunta a uno de los bultos de carne con barba incipiente que sobresalían del cuello del abrigo negro y voluminoso.

—¿Su secretario? —Dio la impresión de que meditaba la respuesta—. No —aventuró al fin—. No me dedico a eso. —Los llevó por una rotonda y pasaron junto a unos toldos metálicos y un aluvión de peatones nocturnos—. ¿Ha comido, entonces? ¿Le dieron algo en el vuelo?

—No tenía hambre.

Era consciente de la máscara de su madre.

—Bien. Swain le dará algo. Come mucha comida japonesa, ese Swain.

Emitió un extraño ruido parecido a un chasquido con la lengua. Echó la vista atrás para mirarla.

Ella miró detrás de él y vio el roce de los copos de nieve, el barrido destructor de los limpiaparabrisas.

La residencia de Swain en Notting Hill estaba formada por tres casas victorianas adosadas e interconectadas ubicadas entre una profusión de plazas, calles curvadas y callejones. Petal cogió dos maletas de Kumiko en cada mano y le explicó que el número 17 también hacía las veces de entrada principal para los números 16 y 18.

—No sirve de nada tocar —dijo él al tiempo que, sin soltar las pesadas maletas, señalaba con torpeza la pintura roja y reluciente y los complementos de bronce pulido de la puerta con el número 16—. No hay nada al otro lado. Solo cincuenta centímetros de cemento armado.

Echó un vistazo por la plaza, fachadas casi idénticas que se perdían en la distancia de la ligera curva. La nieve caía con más profusión, y el cielo anodino estaba iluminado con el brillo asalmonado de las farolas de vapor de sodio. El lugar estaba desierto, y la nieve, impecable y sin huella alguna. El aire frío daba una cierta sensación ajena, un atisbo tenue pero penetrante a quemado, a combustibles antiguos. Los zapatos de Petal dejaban huellas alargadas y bien definidas. Eran unos Oxford de ante negros con la punta estrecha y unas suelas anchas y corrugadas de plástico escarlata. Kumiko lo siguió por las huellas mientras se estremecía, por los escalones grises que subían al número 17.

—Soy yo —dijo a la puerta pintada de negro—. Abrid.

Después suspiró, dejó las cuatro maletas en la nieve, se quitó el guante sin dedos que le cubría la mano derecha y presionó la palma contra un círculo de acero reluciente que estaba alineado con uno de los paneles de la puerta. A Kumiko le dio la impresión de oír un chirrido tenue, un zumbido que se volvió más agudo hasta que terminó por desaparecer, y luego la puerta vibró con el retumbar ahogado de los cerrojos magnéticos al abrirse.

—La llamó Humo —dijo ella mientras extendía la mano hacia el pomo de bronce—. A la ciudad...

Él hizo una pausa.

—El Humo —apuntilló—. Sí. —La luz y el calor los alcanzaron al abrir la puerta—. Es una expresión antigua, una especie de apodo.

Cogió las maletas y se internó en un vestíbulo de moqueta azul panelado con madera pintada de blanco. Kumiko lo siguió; la puerta se cerró sola detrás de ella y las cerraduras magnéticas retumbaron de nuevo al cerrarse. Una litografía enmarcada con caoba colgaba sobre el revestimiento blanco: caballos en un prado y unas figuras pequeñas y bien definidas ataviadas con abrigos rojos.

«Colin el chip fantasma debería vivir aquí», pensó.

Petal había vuelto a soltar las maletas. Unos copos de nieve compacta cubrían parte de la moqueta azul. Abrió otra puerta detrás de la que había una jaula de acero dorado. Los barrotes chirriaron cuando los abrió. Kumiko miró la jaula, desconcertada.

—Es el ascensor. No hay espacio para sus maletas. Haré otro viaje después.

A pesar de lo antiguo que parecía, empezó a ascender con suavidad cuando Petal tocó un botón de porcelana blanca con un dedo índice roto. Kumiko se vio obligada a permanecer muy cerca de él. Olía a lana húmeda y a una especie de bálsamo de afeitar de aroma floral.

—Le hemos dejado la habitación más alta —dijo luego, mientras la guiaba por un pasillo estrecho—. Creímos que le gustaría la tranquilidad. —Abrió una puerta y le indicó que entrase con un gesto—. Espero que le guste... —Se quitó las gafas y las limpió enérgicamente con un pañuelo arrugado—. Le traeré las maletas.

Una vez que se hubo marchado, Kumiko recorrió despacio la enorme bañera de mármol negro que se encontraba en el centro de la estancia, de techo bajo y abarrotada de muebles. Las paredes, inclinadas en ángulos pronunciados hacia el techo, estaban cubiertas de espejos dorados y manchados. Un par de claraboyas pequeñas flanqueaban la cama más grande que había visto jamás. Sobre la cama, el espejo tenía unas luces pequeñas y ajustables integradas, como las lámparas de lectura de un avión de pasajeros. Se quedó junto a la bañera para tocar el cuello arqueado de un cisne chapado en oro que hacía las veces de grifo. Las alas extendidas eran las llaves. La habitación estaba templada y tranquila, y sintió por unos instantes que la presencia de su madre se apoderaba de ella como si fuese una neblina cargada de dolor.

Petal carraspeó en el umbral de la puerta.

—Bueno —dijo al tiempo que entraba con el equipaje—. ¿Todo en orden? ¿Ya tiene hambre? ¿No? Dejaré que se ponga cómoda... —Colocó las maletas junto a la cama—. Si le apetece comer, solo tiene que llamar. —Señaló el teléfono antiguo y ornamentado con micrófono y auricular de bronce calado y mango de marfil tallado—. Solo tiene que cogerlo. No hace falta marcar. El desayuno estará listo cuando guste. Pregunte a cualquiera y le dirán dónde. Después podrá reunirse con Swain...

La sensación de la presencia de su madre había desaparecido al llegar él. Trató de sentirla de nuevo cuando Petal le dio las buenas noches y cerró la puerta, pero no regresó.

Se quedó mucho tiempo junto a la bañera, acariciando el metal frío y suave del cuello del cisne.